

LA QUEBRADA DEL TIGRE

**La Constancia está ubicada en la Quebrada del Tigre.
Esta es la historia que le da el nombre a la Quebrada.**

A la memoria de mi tía Mercedes.

Esta introducción es necesaria, aún más, imprescindible, para que el lector tome sentido cabal de este relato. El autor intenta narrar una veraz aventura, riesgosa en su circunstancia de lugar y tiempo, de la cual perduran un topónimo y una tradición guardada por algunos pocos que peinamos canas. Cuando éstos baqueanos de la memoria no estemos más, únicamente quedará lo primero, un nombre sugestivo de un bello lugar, aunque vacío del contenido dramático del suceso originante. Para protegerlo del olvido se escriben estas líneas.

Necesario es saber que hasta el segundo decenio del presente siglo el paisaje del valle era muy diferente. Casi dos millones y medio de hectáreas de bosque cerrado lo cubrían. Árboles inmensos eran abigarrados quitasoles del vellón de pasto que nutría la tierra. El algarrobo, campeaba señoreaba. “País de los algarrobos” motejaron los conquistadores rudos, blancos, codiciosos y despiadados. Un algarrobal denso y exuberante y mechado de tintitacos, quebrachos, talas, retamos, chañares, latas, pejes, breas, y una pléyade de arbustos: jarillas, piquillines, churquis, espinillos, molles de beber, poleos, paloamarillos, atamisquis..., se extendía desde el faldeo occidental de la Sierra Grande de Córdoba hacia el poniente, hasta las de Chepes y Ulapes de La Rioja. De norte a sur, desde Tilisarao y Quines, en la provincia de San Luis, hasta más allá de Chancaní, adentrándose por Pinas en audaz intento de lamer el blancor de las Salinas Grandes. Largos doscientos kilómetros... Más que comarca, casi un país.

En aquel bosque inicial palpitaba la vida en estado primigenio. El puma, el jaguar, el zorro, el gato montés, eran los depredadores cuya voracidad se saciaba con guanacos, conejos de los palos, vizcachas, liebres, quirquinchos, cuises y, desde luego, el apetecido ganado doméstico, los que a su vez se mantenían del manto verde de los pastizales y los frutos de árboles y arbustos. Arriba, en la copa de los árboles, ocurría algo similar. Las aves pequeñas, los pájaros, que se alimentaban de granos silvestres, de insectos, eran el sustento para las de pico corvo. De ellas, las de mayor porte, cóndores, águilas, lechuzas, búhos, y otras rapaces atacaban a los pájaros y alimañas pequeñas y las víboras, culebras, lampalaguas, iguanas, activamente participaban como cazadoras o como presas. En el mundo abigarrado de los insectos la lucha era quizás más feroz, aunque silenciosa. Así pervivió ese ecosistema durante siglos –a lo mejor milenios-, nutriéndose de sí mismo.

Pero el monte tenía un príncipe. Era el jaguar, acabado poema de formas, cubierto con piel pintada con florones negros delineados sobre la vividez del amarillo ocre. Bajo ella, una armónica maquinaria de ciento cincuenta kilos de músculos acerados y alrededor de dos metros de largo era guiada por un fino olfato, penetrante como estilete, y un par de ojos verdes siempre alertas.

Vagaba solitario en busca de presas, que siempre caían destrozadas por sus garras y trituradas y devoradas en el acto con rechinar de colmillos. Este patricio hurraño buscaba compañía en épocas de celo. Entonces bramaba de amor, y el terror vaciaba las breñas. Sólo quedaba la compañía reclamada.

El bosque era su hábitat natural. El pedregal, los grandes espacios áridos y la sierra le eran extraños.

Así era el paisaje de este valle poco generoso de lluvias. El tesón de los siglos había parido al bosque intrincado y renitente que se defendía con arpones de espinas.

El grupo humano que lo habitaban vivía casi aislado, San Javier, Yacanto, Los Sauces, Luyaba, Punta del Agua, Nono, Los Molles, Renca, Piedra Blanca, entre otras, eran dispersas poblaciones. Cultural y políticamente se dependían de Córdoba. Comunicarse con la capital demandaba trasponer la montaña a lomo de mula para arribar dos días después. En verdad el valle era y es el ángulo noreste de la región cuyana. A su economía y hábitos estaba ligada, y también por allí se comunica con Chile. También se adentraba hacia el norte, hasta Tucumán Tarija y Cochabamba.

Grandes arreos de vacunos criados en el monte pródigo partían en las épocas apropiadas hacia occidente. Normalmente se mercaban de este lado de la cordillera, y con menos frecuencia, del otro, a orillas del Pacífico. Los mulares tomaban el rumbo de la azúcar o de las minas del Alto Perú. Meses después tomaban con manufactura y telas finas entradas a puertos americanos del litoral del gran océano. También aguardiente, yerba mate, y la dulzura morena del Tucumán. Como hasta hoy el comercio con la ciudad de Córdoba no era relevante. La capital compraba frutas secas y alguna lana. En retribución mandaban papelotes gubernamentales, periódicos atrasados con rancia chismografía política –qué unitarios!, qué federales!, qué arterías por el poder!-, quincalla y algunas telas y menudencias en enormes arcones de cuero crudo, llamados maletas, bamboleantes sobre el lomo de las mulas de las arrias. Como hoy, más se traía que llevaba. De lo fundamental y necesario para una vida austera, la región se abastecía a sí misma. Desde harina para el pan, a la vestimenta y abrigo, pasando por el mobiliario, elementos para la construcción de viviendas, hasta llegar al vino, que era excelente, se elaboraban en la región.

Las manufacturas industriales escaseaban.

Pide la comprensión de este relato remarcar la escasez de armas de fuego. Las pocas existentes habían sido requisadas para la guerra con el Brasil. Las ocultadas, como las otras, técnicamente eran de avancarga, o sea que se cargaban por la boca del cañón: primero se vertía la medida de pólvora negra, generalmente de fabricación casera, (carbón de sauce molido, azúcar y salitre). En el fondo del cañón, la oscura recámara, tenía en la parte superior derecha un orificio que la comunicaba con lo externo –llamado “oído”- y por donde recibía el chispazo que la inflamaba, arrancando a un trozo del pedernal por las uñas del rastrillo, que caía sobre esa piedra al presionarse el gatillo. Entonces se producía el disparo. Una operación previa había sido necesario antes: la pólvora vertida se comprimía con un taco de papel o retazo de trapo y golpes de una baqueta tan larga como el cañón la que también después afirmaba dentro al proyectil redondo de plomo, el chumbo. Un tirador muy experto sólo podía disparar uno por minuto.

Para la época que nos ocupa las armas existentes en San Javier se contaban con los dedos de la mano. Según la tradición la más potente era una tercerola con la que se había batido un lugareño en el Ejército Norte, en las campañas independentistas al Alto Perú, arma de caballería, resultante de haber recortado un tercio del cañón de un fusil para mayor comodidad del jinete. Además había una escopeta, un pistolón, algún mosquetón arcaico y dos trabucos naranjeros, los que

se cargaban con municiones gruesas o trozos de metralla. Dicen que a los cuarenta o cincuenta pasos su descarga se podía atajar con un poncho de trama gruesa. De cerca eran temibles.

Esta digresión sobre armería es detalle esclarecedor para lo que sigue.

Pacífico vivió el valle dos centurias. Mucho costó enganchar soldados para guerrear con los españoles. Al contrario, el monte y las breñas acogían a los desertores, y trabajo tenían los jueces pedáneos de buscarlos y llevarlos nuevamente al redil militar.

Junto con la requisa de las armas para la guerra con el Brasil, duro resultó movilizar cincuenta hombres. Es que atraía aquella vida dulce empapada de modorra que bostezaba al ritmo de las estaciones, y donde los acontecimientos disonantes eran malos.

Y, cohesionándolo todo –sólida argamasa-, las creencias y las prácticas sinceras y devotas de la religión católica ensamblaban el existir de los serranos. Sus festividades rituales rompían cíclicamente el tedio cotidiano.

II

Al suceso me lo contó cierto verano mi tía Mecha que en ese entonces marchaba al tranquito, sin apuro, sonriente, por la cañada que une el borde de los setenta con el cerro de los ochenta. Ella recogió la anécdota de sus mayores y allegados, asegurándome que también de un viejísimo sobreviviente de aquella patriada. Le creí porque mi tía nunca mintió.

A mi me pasó algo similar con esta tradición. Desde mis primeros años la escuché relatar. De esos comentarios guardo pinceladas fragmentarias, quizás las más coloridas, porque los niños no atesoran estructuras rigurosamente inteligentes, sino que guardan, a flor del velo de los recuerdos, impresiones agigantadas, mágicas, inconexas, que su imaginación modela a capricho. Cimarronas o guaschas, jugarán con ellas un tiempo y luego las esconderán en la alforja de la nostalgia. De ella será el sabor que tendrá si vida en adelante. Así como el puma entierra lo sobrante de lo cazado para alimentarse después, el niño aprisiona recuerdos, los cuida sin saberlo, para aflorarlos cuando algo agita el escondrijo.

A punto de ser hombre, en mi primera juventud aquella tía Mecha me brindó una tarde veraniega la urdiembre completa que me permite desarrollar estas páginas. Esto ocurrió hace ya cuatro décadas. En ese entramado mis recuerdos infantiles y las añadiduras que mi fantasía labró, armonizaron con facilidad. Además en tal escueta trama se enhebraron cómodos los conocimientos que tengo de la geografía regional, del paisaje y, sobre todo, de la gente y sus abismos de mitos y de sueños. Ese permanente labrador de la cultura que es el pueblo, quien bajo el manto de la vida expresada en actos oculta su alma mágica. Descubrirla es sólo quitar polvo de lo cotidiano que la recubre. Es tarea ardua y de privilegiados.

El hecho aconteció después de la leva y requisa de armas mencionadas y meses antes de que comenzara la despiadada, sanguinaria y devastadora guerra civil que ensangrentó durante un año largo a la sierra y al algarrobal.

Sacudió el suceso a San Javier y Yacanto, un mismo grupo humano que cambia de nombre cuando se cruza el seco arroyo del Molle. Al norte San Javier; al sur está Yacanto..

La iglesia se levantaba en el primero. Dedicada al culto de San Francisco Javier, daba nombre al cuarto del cual era sede. Se erguía frente al corto espacio baldío llamado plaza por donde discurría una acequia sombreada por sauces y moras. Era un petizo edificio de adobes de estilo colonial con una espadaña y dos campanas y cuya puerta miraba al norte.

Se alzaba donde hoy está el centro cívico y fue construida de su bolsillo por doña Rafaela Paredes de Torres en la primera década del siglo XIX en reemplazo de otra anterior que se ubicaba más al sur.

A escaso cuarto de legua de la plaza, hacia el norte, hay un lugar denominado "El Pueblito", que entonces eran entre cinco o seis casas y ranchos dispersos. Allí comenzó la aventura.

Hacia la mitad de la primavera, muy al alba dejó su cuja un paisano. Se calcó el calzoncillo con puntillas y sus botas de potro algo gastadas, aseguró el chiripá con la rastra, maquinalmente apretó las lloronas con las pihuelas al empeine de cada pie y deslizó du facón bajo la rastra. Antes de avivar el fuego para calentar el agua para el mate, se encaminó cortando derecera hasta el corral de las cabras distante a media cuadra. Era el aprisco un espacioso rectángulo de piedra que acogía a más de cien animales. En uno de sus ángulos del sur una precaria ramada las protegía de las lluvias o de los fríos invernales.

La pirca de piedras tenía la altura necesaria para retener a las ariscas pupilas, pero no tanto como para que una persona de estatura normal desde afuera mirase su interior. La tranquera de madera con enrejado muy estrecho impedía que perros o zorros pudieran escurrirse por ella.

Al aproximarse se extrañó no escucharlas balar amuchadas en la salida pidiendo libertad.

El hombre ojeó por sobre la pirca y vio estupefacto al corral convertido en un sangriento matadero, donde más de una decena habían sido destrozadas y varias parcialmente comidas. Las demás, empavorecidas, achuschadas, se apiñaban bajo la ramada. El hombre miró rápido a su alrededor talanteando el descampado, como buscando algún peligro oculto entre la arboleda distante o bien disuelto en claror indeciso de la aurora. El primer enemigo que vislumbró su mente fue el puma. Habló consigo mismo:

-- ¿Lion? No. Sólo hubiera muerto una o dos... No hubiera podido sacara la suebra por sobre la pirca ni por la puerta pa llevarla y hacer presa. ¿Liona enseñando a cazar a los cachorros? Difícil. Un cachorro no salta la pirca y además lo comido de las muertas es mucho. Agora caigo en cuenta que los perros toriaban anoche enfurecidos, pero no dejaban las casas. Si hubiera sido lion se le hubieran ido encima.

El criollo contemplaba la mortandad ensimismado, aplastado su pecho contra las piedras de la pirca, como para ahogar el fardo de angustias e interrogantes sin respuestas que dentro se apretujaban.

Estuvo entonces que rayó un caballo frente a su rancho. Un vecino llegaba montado a pelo. Debía estar muy apurado por el animal ni freno tenía. Una simple guatana de tiento anudado en la quijada lo suplía. Desmontó el jinete de un salto y tranqueó rápido hacia el dueño de casa.

-- Guenos, don Juerturía...

-- Malos pa mí.

El vecino nerviosamente articuló:

-- Aunque no lo creiga, anda un tigre merodiando!

-- ¿Tigre decís?

-- Sí. Eso mesmo. Mi mujer, que como abajera del lao de Las Toscas los conocen bien, cuando hace un ratito se devolvía de la vertiente con un cántaro de agua, lo vido echao al lao de una piegra, d'esas que hay de ls quebrachos blancos del naciente de las casas de los Nuñez. Ahí nomás largó el cántaro y llegó acezando a las casas con la cara más blanca que cuajada de puro susto. Dice que si se ha salvao es porque el tigre debe estar recién comido. Allá la dejé en el rancho con los chicos y la tranca de la puerta bien calzada.

Como respuesta al sombrío parte don Juerturía levantó la cabeza y con la barbilla indicó el corral, estirando el labio inferior a manera de índice. Tranqueando lento el vecino se acercó al muro y miró.

-- Santo Dios...! Sindudamente d'él es el daño... Decía mi finao tata que sólo una vez supo de un tigre tan cerca e la sierra. Debe tener poco pa cazar en el monte con la gran seca. ¿Qué hacemos, don Juerturía?

-- Pa ya nomás vamos p'al poblao. De juro que se ha'i poder juntar gente agalluda, bien montada y con algunas armas de juego que puedan quedar.

-- Sí...! Sí...! Vamos cuanto antes...

III

El primero en enterarse fue el cura, quien mandó replicar alarma. Presto se presentaron varios vecinos a preguntar sobre la causa del reclamo. Se les informó y pidió ayuda.

Como quince de a caballo a en mula, poco rato después, se reunieron comentadores frente a la iglesia, armados cada quien con sus recursos. El mulato Bautista, veterano del Ejército del Norte, era el mejor aforrado con su vieja tercerola ocultada cuando requisaba. Uno de los Torres -Eufemiano- portaba una espingarda de cazoleta, reliquia desde el tiempo del primer virrey de Buenos Aires; otro, escopeta de caza; otro, una pistola, y dos con trabucos. Llevaban la pólvora en chinfiles de asta de buey los tacos y municiones en pequeños morriones de cuero de vizcacha desollados en bolsa, adminículos atados a los tientos a los aperos. Armas blancas las tenían todos, pues a ninguno faltaba facón o machete bajo la rastra. Tres braveaban con chuzas: dos gemelas cuyas moharras eran la mitad de una tijera de esquilar atadas fuertemente con guascas a sendas varas de tacuaras y, otra, gracias a la artesanía del herrero local, tenía como fierro a lo que fue un suncho de una barrica de aguardiente.

Los aperos revelaban la condición económica de los de la partida: algunas monturas cuyanas y hasta chilenas, muchos recados fabricados en el pueblo mismo y, también, precarios y modestos bastos. Los de las monturas estribaban con ostentosos chanchos de madera o cuero labrado, los de apero con simples estribos de cuero y otros, los más pobres, una guasca, con un nudo a conveniente altura, servía para afirmar el ángulo del dedo gordo del pie con el de al lado. Completaban la guarnición de todas las montas los imprescindibles guardamontes. A la derecha, siempre a mano, bien sobados y engrasados, los lazos semejabán víboras enroscadas con redonda cabeza de argolla. Al juez pedáneo y su celador corvos

sables les colgaban de la cintura. Quizá imaginaran que el jaguar respetuoso de jerarquías se batiría con ellos en duelo singular.

De acuerdo con los aperos eran los calzados. Los ricos, botas fuertes, los de recado, de potro, y el resto simple usutas.

A juzgar por los gestos, ánimo y decisión no faltaban para pedir cuentas al intruso, pero, primero, quizá para sentirse más seguros, querían liquidar las propias con Dios. Eran buenos cristianos, pero el que más o el que menos..., de modo que querían confesar antes de salir a la aventura. Como ellos demandaría tiempo valioso, el cura creyó recordar cierta regla canónica.

Los obligó desmontar. Dóciles obedecieron. Sin los jinetes, las bestias y las enormes pantallas de los guardamontes ponían un toque singular al conjunto.

Se persignaron y agacharon la cabeza con actitud contrita.

-- ¿Se arrepienten de todos los pecados cometidos?

-- Sí, padre. -murmuraron broncos.

Les dio la absolución en latín y agregó:

-- Recen hincados el acto de contricción y al final se persignan. No les doy penitencia porque ya la van a tener con el peligroso trabajo que les espera. Que Dios los bendiga!

Escena primitiva, solemne y sencilla.

IV

Desde el bajo, desde el poniente, comenzaron a rodear al quebrachal donde la mujer había visto al jaguar, abriéndose en abanico, de manera que tuviera una sola escapatoria: la del naciente, cuesta arriba, donde a pocas cuerdas la sierra comenzaba a empinar su faldeo pedregoso. En las piedras la fiera no es baqueana. Sus garras se mellan y desbastan. Es animal de monte y tierra blanda. Sin duda que ya había olfateado a la partida. Su segura salvación hubiese sido refugiarse en el bosque, que próximo comenzaba al poniente, dando pocos saltos por entre los amplios claros del semicírculo humano. Su mayor desventaja frente a éstos era su ausencia de raciocinio y también su estómago ahíto de carne caprina. Momentáneamente había perdido parte de la agilidad para usar los veinte facones de sus garras y los cortos, blanquísimos puñales de sus colmillos.

El jaguar no es un esgrimista, aunque siempre está dispuesto a atacar de frente o a traición en un temible salto mortal. Su espinazo es rígido. Diríase un envarado caballero medioeval que, si yerra en la primera arremetida, debe tomar todo el cuerpo y volver a arremeter como un toro de lidia. El perro puede intentar morderse la cola. El jaguar nunca. Sus músculos, sobre todo los del cuarto trasero, le permiten abalanzarse a velocidad increíble, iluminando la presa con la llama verde de sus ojos encendidos en furia. Las liebres, las vizcachas, las sachacabras y todos los animalitos del monte lo saben. El hombre también.

En el arco envolvente punteaban los de arma de fuego, seguidos por los lanceros y los corajudos de simple facón, los quijotes que nunca faltan, los que van a arremolinarse en cualquier entrevero para únicamente "ver las palomas volar y las perdices silbar".

Era día de primavera adelantada y amenazaba sofocante. El sol deslumbraba y el viento del norte inclinaba las ramas de los árboles.

Los primeros en ladrar con furia fueron los perros del sur. Todo el grupo se detuvo para ojear bien el quebrachal que se mostraba tupido, muy sombreado y

rodeado de poleos, duraznillos, romerillos y otros arbustos. De pronto un mocito punteador, armado con un trabuco de cañón de bronce pegó el grito:

-- Allá, cerca del quebracho ladeado, el más grande, me pareció que se cimbran los poleos!

-- Tiene razón Ferreyra. -dijo el mulato veterano, que desmontó de un salto, tercerola en mano.

-- ¿Qué va a hacer, don Bautista?

-- Me parece que estoy viendo unas manchas que no son de piegras, ni tampoco de sombras. Son demasiado overas. Debe ser nomás el tigre. Hacé señas para que nadie se mueva y me le gua llegar con la tercerola. Ojalita me deje acercar! Rogá pa que el viento no cambee. He cebao la recortada con carga y media pólvora bien taqueada. Quiera Dios que no se reviente el caño! El tigre es un animal duro pa cair. Ojalá no esté que se me vaya a chusquir el chumbo.

Avanzó el mulato agachado, casi arrastrándose entre los yuyales y plantas achaparradas, siempre de contraviento. Al fin, como a la cuadra de donde el jaguar esperaba echado, se detuvo. Apoyando el arma sobre una piedra, apuntó cuidadosamente y... retumbó la tercerola. La fiera dio un salto olímpico desde donde aguaitaba y buscó protección en la sombra del quebracho ladeado, refugiándose justo bajo una rama gruesa que corría como a dos varas paralelas al suelo.

En algarabía general de gritos y ladridos semejó deshilacharse el estampido, sobre todo cuando algunos vieron que el jaguar tentaba infructuosamente de lamer su ijar derecho, como a una cuarta delante de articulación de la cadera, y donde algunos garbearon ver una mancha roja.

El tirador, como todo veterano, comentó por lo bajo con expresión contenida:

-- Tuve suerte. Pero recién comienza este gato que será con relaciones y bien zapateo.

Uno, acaso para descargar la tensión soliviantada, gritó provocador al herido:

-- Si querés uno de mis perros puede lamberte!

-- Silencio todo el mundo! -bramó un mocetón casi veintiañero, de barba rala todavía, quien iba armado con la chuza de moharra de suncho.

-- ¿Qué pasa Estanislao?

-- Me gua acercar por detrás del tronco. Gua trepar hasta la rama que lo cobija y desde ahí lo chucio desde arriba.

-- Si te animás, hacelo, pero antes encomendate a Dios. Será un milagro que el tigre no te pispie antes, pero si te da tiro, acertá. Si fallás el chuzazo, persignate, pues colijo que ese bicho tiene vida y juerza pa rato, aunque esté herido como realmente parece.

-- Alguien tiene que encarar, tío.

-- Que la Virgen te acompañe!

Con juvenil inconsciencia se aproximó silencioso. Cuando estuvo cerca comenzó a escuchar un ronroneo sordo, casi un lamento. Vaciló, pero su amor propio pudo más. Llegó hasta el tronco y comenzó a treparlo apoyándose en la chuza. Aunque atento al ladrido de los perros, el jaguar intentó un movimiento.

-- Santo Dios! -exclamó uno.

En ese empeño estaba, cuando desde el sur, desde San Javier, castigando a dos verijas, llegó a galope tendido el rubio Arias, don Petronilo, de la familia de los

“Matacos”, así por lo empecinados y tozudos y, por si fuera poco, famoso cascarrabias.

Sofrenar, escuchar a medias cuál era la situación y el propósito del lancero, y correr tras las huellas del mocetón, fue todo uno. No es cosa averiguada si por salvar al muchacho o para que la cacería siguiera y sus incidentes quebraran el aburrimiento lugareño, el hecho es que don Petronilo Arias de un salto alcanzó a tomarse del empeine de las botas del audaz que trepaba y le habló en voz baja, aunque enérgica:

-- Bajate, niño sonso! Lo único que vas a conseguir es que el tigre, agatas se cimbren las ramas, te raje de un zarpazo. ¿No ves carajo que apenas vas a estar a vara y media del suelo? Y no soy yo, Petronilo, quien quiere ver a tu madre llorando desconsolada con un hijo charqueao sobre un catre!

-- No, don Petronilo, dejemé! Yo lo gua chuciar.

-- No seás bárbaro. Así no se hace.

Y sin mas ceremonias se colgó de las piernas del lancero y lo hizo resbalar tronco abajo, mientras la áspera corteza al rozarle el pecho rasgó su camisa y le raspó hasta sangrar. Cuando puso pie en tierra, el jaguar ya había volteado hacia ellos y comenzado a rugir.

-- No te lo decía! Apretemos el paso. Rápido!, de no, somos hombres muertos.

Cuando estuvieron a salvo hubo consejos de mayores: don Petronilo, los de sable, el mulato Bautista y son Juerturía. El parlamento fue breve. El “Mataco” dictaminó:

-- Así la gente está bien colocada. Ni que dudar que el tigre está herido y por eso hemos vuelto Estanislao y yo. No hay que darle respiro. Pichanearlo pa que se las invie pa arriba es lo acertao, así entrará en el pedregal y después debemos obligarlo a trepar las lomas. Si no lo dejamos resollar llegará momento en que se agotará. No son animales pa aguantar corridas largas, sobre cuando tiene el buche lleno como éste, sin contar que se irá desangrando de a poco. Llegará la ocasión, estoy seguro, en que habrá que atropellarlo, Dios dirá cómo. Muchos gritos, mucho repiqueteo sobre los guardamontes y chumbiarle los perros pa que no tenga sosiego...

-- La cosa va a ser dura y a lo mejor larga.

-- Cierito es, Bautista, y el que creiga que va a arrugarse como chunchula en las brasas que se vaya devolviendo pa ya a su casa.

-- ¿Y si le meneamos plomo, don Petronilo?

-- No te das cuenta, Aguilera, que sólo tenemos un arma pa tirarle de lejos y que necesario es reforzarle la cebadura de pólvora pa conseguir algún resultado. Si se le revienta la tercerola a Bautista podemos quedar ladrando la luna en caso de apuro! Lo más que se puede hacer es tirarle un escopetazo pa que arranque.

Montó don Petronilo casi de un salto su bayo nervioso, bien aperado, sin otra arma que su facón y, ladereado por dos perros, se convirtió en el jefe virtual de la cacería.

Un tiro de escopeta roció a la fiera y comenzó un coro de alaridos, golpeteo de cueros de guardamontes y ladridos persistentes de una veintena de perros. El jaguar reaccionó como lo previeron: entró a huir a grandes saltos rumbo al naciente, cuesta arriba, hacia donde los matorrales se achaparraban mientras el pedregal se adensa.

Ora lo veían saltar las chilcas que comenzaban a abundar, ora desaparecía a los ojos de la gente, pero para el olfato de los perros su hedor era huella sutil.

Exigiendo las montañas, la partida se orientaba por los ladridos. Caballos y mulas tensaban sus músculos resoplando y con las orejas paradas, vueltas hacia delante. También olían a la fiera.

V

La ladera occidental de la Sierra Grande es pétrea –violeta, azul verdosa, gris azulada, azul turquesa, simplemente azul, según la hora, mas siempre fosca de noche.

Abruptamente cae sobre el valle no sin antes serruchar con su cuchillo cumbreño y dentado un trozo de horizonte.

La escarpa es calva. El rigor de los fríos y soles ha milenios ahuyentaron de allí a los árboles, que buscaron refugio a partir del cimiento mismo de la montaña. Aprovechando su desamparo el viento arribeño todas las tardes se despeña, ladera abajo.

La sierra, vacilante como una anciana, se apuntala con bastones ciclópeos de contrafuertes, que dejan quebradas entre ellos por donde las aguas recién nacidas forma arroyitos saltarines, y, para evitar la huida descendente de los árboles y protegerse de mayor desolación, labró un festón de lomas pedregosas donde crece la chilca de verde encendido, por donde reptan las víboras y los matuastos –cuatro pulgadas de dragón- que agresivos muestran al caminante su lenguita de punzón.

Por allí ascendió dificultosamente la partida precedida por el jaguar. Treparon dificultosamente. La sed reseca la boca de hombres y bestias. Caballo y mulas babeaban hilillos espesos que se enredaban con las hojas verdeclaras de las chilcas. Los matuastos abrieron su bocaza en absurdo afán de tragar a los intrusos.

Casi a la hora llegaron a ese primer peldaño.

-- Esta apaleadura no es sólo pa nosotros, sino también p`al tigre.

-- Eso es, compagre. Escuche a la perrada. Es el mejor chasque que tenemos.

-- Sí. Adelante debe d`ir el bicho.

Sí. Allí iba, delatada por la clarinada canina, padeciendo un calvario con su herida a cuesta y también sediento.

Cuando despuntaron la lomada el rumbo del viento había cambiado. Ahora corría suave desde el sur. Los batidores de pronto remanecieron desorientados. Instintivamente ladraban hacia la mole granítica, distante menos de una legua. Era la hora en que el sol traspone el cenit tostando inmisericorde.

Los cazadores detuvieron la marcha. La sangre golpeteaba sus sienes, las bestias jadeaban y los perros acezaban con la lengua afuera, más todo ese rumor no acallaba el silencio del paisaje recalentado, herido únicamente por el brillo de las hojas satinadas de los molles, mecidos por el vientecillo traidor.

La transpiración les formaba aureolas en el cuello y las axilas. El cogote, el encuentro y las ancas de las bestias emblanquecían de sudor reseco, obra del alambique de la atmósfera encendida.

Los canes habían callado. Interrogantes miraban a sus amos.

Agua...! Agua...! Todos conocían la proximidad del arroyo, donde quizá el jaguar ya habría saciado su sed.

En el exacto punto donde el arroyo abandona su matriz, inmediata quebrada al sur del cerro Champaquí, parecía asirse una meseta inclinada y muy fértil, que iba a morir en la loma recién repechada por la partida. En ese tramo la corriente de agua se revuelve gozosa entre lujuria de todos los árboles, arbustos,

enredaderas y hierbas serranas, entramando una breve floresta intrincada, moteada de cuando en cuando por peñascos desertores de las alturas.

Los hombres esperaban que el viento les fuese propicio y, chasqueando sus lenguas, pensaban que el jaguar ya habría saciado su sed. Bien sabían que hasta no ser localizado por los perros batidores, era aventurado penetrar en la maraña.

Con los ojos enrojecidos por la luz cegante, ecudo gritó el rubio don Petronilo:

- No les dije que esta carrera es hasta perderse. El desafío es quién aguanta más!
- Pa peor estará tomando un resuello.
- Y está en su cancha. Aquí no hay pedregal.
- Eso es verdá.

De pronto..., y sin anunciarlo, el viento quiso jugar y comenzó a ensayar su única ronda: la de los remolinos. Fue suficiente. Los perros, la jauría toda comenzó a ladrar agresiva clavando la vista en una misma dirección, una hondonada donde la espesura protege al arroyo con amor.

- Sí! Allá debe estar!
- Que no descanse!
- Chumbiemos los perros, gritemos y golpiemos los guardamontes como al principio!
- No le aflojen, muchachos! Tampoco se descuiden!, alentó don "Mataco".

Picó espuelas y talones la caravana. La perrada lo comprendió y no hubo necesidad de animarla. Se internó en la espesura toreando decidida en tal rumbo.

Cuando los hombres llegaron al arroyo que rezongaba entre helechos y cepacaballos, los perros ya habían saciado su sed y se salían de la vaina para proseguir. Desmontaron los hombres, desenfrenaron las cabalgaduras para que bebiesen mejor, mientras ellos también lo hacían y se refrescaban.

Calmados, comenzaron a pedir señales a la escasa arena de las orillas.

Don Juertería fue quien primero pegó el grito:

- Miren el arenal de la otra orilla, cerca de la barranquita.

Manchento, el mejor rastreador, añadió:

- Sí...! Renguea de la pata derecha. Se ve clarito que le aflueja.
- Así es.
- Entonces, a montar y adelante!

-- Veia, don Petronilo, va arroyo arriba. Igualito que el lion busca los bajos pa escapar.

-- Mientras los perros lo persiguen por el arroyo, nosotros nos dividamos por mitades en cada banda; que adelante vayan los de arma de fuego, después los de chuza y al final los demás, salvo yo que quiero puntear. Que cedan los caballos a los delanteros. Lo mas seguro es que las mulas en cuantito olfatien cerca se empaquen y no avancen ni tranco de champi.

Con esa distribución comenzaron a remontar la pendiente relativamente suave, siguiendo los caprichos del arroyo y el cencerro de los ladridos, aproximándose siempre al cimientto de la mole que ya mostraba sus costras de granito y la barba rubia de los pajonales, amortiguándose su coloración pues distaba a escasa cuadras. Lo azulino había desaparecido para dar lugar al gris.

La partida avanzaba a regular marcha, en tenso silencio, convencidos de que la topada era inminente. Los perros de pronto cambiaron la cadencia de su algarabía.

Acariciando su facón, uno dijo:

-- Seguro que lo han empacao.

VI

Todo pareció arrinconarse a la espera del desenlace: había contención de gestos y emociones.

Al acercarse al macizo la hondonada del arroyo buscaba aflorar al nivel de la meseta convirtiéndose en un pando cuenco de piedra. La arena era recuerdo, así como el bosque tupido. Ahora grandes peñascos endurecían el paisaje. Molles y cocos eran los únicos árboles que levantaban sus copas solitarias o en grupos.

Pocas cuadras más adelante comenzaba la boca ancha de una quebrada que se estrechaba a poco andar, oprimida por dos contrafuertes: el del cerro Champaquí, al norte, el del Lindero, al sur. A ambos lados de la quebrada se apiñaba un tumultoso desvarío de piedras. Por allí, por esa ladera en los atardeceres desciende el viento cumbrano.

Soplaba ya cuando acercaron los cazadores. Era propicio. Si por allí se guarecía el jaguar, lo anunciaría el olfato de las bestias, sobre todo las mulas.

Así ocurrió.

De pronto éstas se detuvieron como si sus vasaduras hubiesen echado raíces, y los perros se lanzaron en tropel rumbo el último molle vigía de los peñascos agrupados en desorden, ladrando agresivos. Los hombres vieron a la jauría sobrepasar ese árbol cuyo tronco se abría a la altura de un hombre, formando una horqueta gigante, para perderse entre las grandes piedras aullando incesantes.

-- Ahí debe estar! Menos mal que no ha ganao la cueva de La Petra-- dijo uno, aludiendo a una pequeña gruta de las inmediaciones.

Los de las mulas desmontaron y avanzaron siguiendo el tranco de los caballos, que con la oreja vueltas hacia delante levantaban el testuz desconfiados. Acaso oliesen moléculas atigradas.

Los perros se desgañitaban cada vez más furiosos entre las peñas semienterradas, donde una, que descansaba arriba de otras dos, formaba una guarida excelente. Allí se habían agolpado los canes.

Comentó Estanislao:

--Lo tienen empacao en esa cueva.

-- Sí. Así debe ser. La cuestión es cómo le llegamos.—agregó uno de los de sable.

-- Ahugándolo con humo, pos...-- remachó el rubio Arias como diciendo algo obvio. Y determinó:

-- Rápido pa que no descanse!

-- Las atropelladas de los cuzcos no se lo permitirá.

-- Cierto es.

-- M'a ver, yo me le gua llegar si me empriestan una chuza—mordió el rencor de Juertería.

El "Mataco" chilló:

-- No! No te arriesgues al vicio, Juertería. Dejamelo a mí. Yo lo haré salir al descampao.

-- ¿Y cómo?—preguntó amoscado el de sable.

-- Como dije, haciendole humo... y fuego si fuera necesario.

-- ¿Y después?

La respuesta quedó en el aire. El rubio siguió trazando su plan:

-- Escuchen: daré un rodeo y ganaré el lao de arriba, el del viento que ya sopla. Con el yesquero enciendo unos pajonales y algunas ramas, y el tigre va dejar la madriguera como que Cristo bajó la Cruz. Como el molle está apenas como a diez pasos de esas piedras, Bautista con la tercerola, "El Colmena" con su naranjero y Estanislao que tantas ganas le tiene, con la chuza, se acomodan tras el tronco. Juertería y Manchento que son como liz p'al lazo, también, y, en cuando el indino salga al displayado y les dé tiro, al mismo tiempo le echan los lazos en el cogote. Entonces me lo dejan...

-- ¿Y si le rastillo con la recortada?

-- No, Bautista, ustedes los que tienen armas de fuegos estén listos por si fallo. Si erra un enlazador y otro consigue ponerle la guasca, que tire la otra punta del lazo por entre la horqueta del molle y los que estarán allí y todos los que puedan se prenden de esa punta y tiran pa atrás, arrimando el tigre al tronco como si fuera un palenque. No se olviden que el bicho es fortachón y tienen que arrastrarlo cuesta arriba. Si los enlazadores fallan, que Dios y los de armas de fuego me ayuden...! Si consiguen arrastrarlo la perrada lo encarará sin asco. Y una vez afirmado al tronco será la mía.

-- ¿Cuál será la tuya se puede saber?

-- Ensartarlo con el facón, che Aguilera. Olvidate del sable y estate pronto pa tirar del lazo si se da la oportunidad. De no, date el gusto ya: sacá el sable, anda búscalo y partile la cabeza como hiciste con los godos en Chile.

Como era veterano y el "Mataco" rubio tenía empaque y voz de mando, el otro, sin percibir la ironía, se limitó a responder disciplinadamente:

-- A la orden, don Petronilo!

-- Si silbo un canto de perdiz es porque lo he visto. Si el silbido es de perdiz que dispara es porque ha salido.

La jauría ladraba enfurecida próximo a la madriguera, de donde brotaba bramidos sordos, y alcanzaron a ver zarpazos temibles destinados a los más atrevidos.

-- No hace falta que la perdiz cante.

-- Bienhaiga que la Virgen ayude al don "Mataco".

-- Sí lo va a ayudar.

Don Petronilo se perdió tras los peñascos y las matas de romerillos y helechos. A los pocos minutos divisaron una hilachita de humo que ascendía, la que se fue agrandando rápidamente. Luego, a tan sólo quince pasos de la madriguera algunas llamas bailaban. La humareda diluía la escena. Los perros pese al humo no cesaban. El tigre bramó de modo distinto cuando las llamas se aproximaban. Ta dando resultado. Preparemos los lazos, Machento y ustedes, muchachos, listos con las armas. Los de atrás, a hacer como dijo don Petronilo!

Este, a quien el humo no perturba, veía los movimientos con claridad. De pronto una perdiz huyó.

-- Ya debe estar saliendo.

-- Ahí ta, don Juertería! A pialarlo!

Se adelantaron los dos hombres. El tigre rampaba gruñendo. La caterva lo toreaba desahogada. Comenzó a zumbir la espiral excéntrica de los lazos. El jaguar giró: dio el frente a los enlazadores y, por entre el cerco de humo y perros, los miró con el incendio verde de sus ojos. Juertería y Machento se sintieron traspasados por ese rayo de furia, más inmediatamente cambió de posición para detener a sus agresores aullantes. Se intuía que estaba dispuesto a defender instintivamente su

única pertenencia: la vida, en oposición a aquellos otros seres que sabían lo que era vivir y que más allá estaba la muerte. Por eso le tendían una celada arriesgada y arduosa. El jaguar volteó de golpe para alejar a los más audaces en el momento preciso que los dos lazos caían sobre él. El de Machento le rozó las ancas y el de Juertería cayó justo sobre el testuz. Si la fiera no se hubiese movido el del primero hubiera sido el preciso. El enlazador tiró la punta trenzado por sobre la horqueta del molle. Al sentir que algo presionaba sobre su cogote y lo tironeaba hacia atrás, las zarpas del jaguar eran cuatro remolinos que pretendían alejar los colmillos de los canes, los que al verlo retroceder multiplicaron su audacia.

Un relámpago de garra cayó sobre el costillar de uno, deshaciéndolo:

-- Carajo! Esto te sentencia,-- mordió don Petronilo.

El despedazado era uno de los suyos. Casi maquinalmente comenzó a envolver su brazo izquierdo con el poncho para terminar desvainando el facón.

Quienes estaban detrás del árbol, ayudados por los enlazadores y por todos los que iban pudiendo prenderse de esa serpiente de cuero que surgía por la horqueta. A duras penas conseguían contrarrestar la furia hercúlea del prisionero y cuartearlo por la ascendiente por la ascendiente barranquilla, límite del mollar.

Instantes previos dos miradas se habían cruzado; la verde del jaguar y la azulina del zarco Arias. Dos miradas, dos mundos, dos destinos y el cadáver de un perro entre ambos. Parecieron decirse: "Vos o yo. La vida del perro por una de las nuestras". Las piedras, la fogata, el humo y la jauría por un instante fueron meros accidentes.

El jaguar, pese a su resistencia, era arrastrado cada vez más hacia el molle. El furor de los perros llegaba al paroxismo y el lazo seguía cortándose. En su defensa la fiera casi se descoyuntaba zarpeando.

Y detrás de la barahúnda venía un facón que brillaba al sol como los vellos rubios del brazo que lo esgrimía.

-- Mirame, mierda, que ya sos mío.—rechinaba el hombre, ebrio de venganza.

-- Todavía estoy vivo!, parecía responderle la fiera sonriendo trágica por el ahogo del lazo y la agravante insolencia de los canes.

Cuando fue afirmado al tronco, un certero zarpazo partió en canal a otro audaz que fue a parar a varias varas de la batalla.

Don Petronilo seguía aproximándose al ojo del huracán.

Finalmente la fiera quedó inmovilizada contra el árbol. Al pegar su espinazo al tronco, extrañamente abrió sus patas delanteras como otro crucificado. Sus traseras buscaban apoyarse en el suelo blando y abría sus fauces anhelantes de aire.

El perro intentó la yugular sin resultado, mientras el resto proseguía con su ataque rastrero.

El jaguar miró a don Petronilo sólo un instante, pues su cabeza fue tirada desde atrás aunque los molinetes de sus zarpas delanteras no cesaban. Los perros garronearon brutalmente la fiera izada en esa cruz montaraz.

Don Petronilo se encomendó:

-- San Jorge, favoreceme con este dragón!

Y arremetió por sobre una marejada de perros enloquecidos y aspas con garras. Varios colmillos de los ayudantes, que sólo ansiaban morder, se clavaron en sus botas fuertes. Hubo un momento en que hombre, fiera y perros eran elementos de un mismo turbión. Con esfuerzo supremo, casi tendiéndose sobre la jauría, el zarco Arias hundió su facón justo en el arranque de la pata delantera izquierda y el

comienzo del costillar, donde late el corazón, mientras su brazo izquierdo empujado amortiguaba las fauces de la fiera. El jaguar abrió las patas delanteras con gesto de resignación. De un salto retrocedió el hombre, más los perros acosaban con saña al crucificado.

El hombro izquierdo del zarco Arias sangraba y un "Iuuu... ja... ja... jay!" erizó las laderas de la montaña.

-- Eso es un macho!

-- Viva don Petronilo!

-- Viva el zarco!

-- Arriba el "Mataco"!

Mientras, la cabeza de la fiera caía a un costado, indiferente a la perrada que arremetía contra su cuerpo, clavándole colmillos en el vientre, en sus zarpas y en el sexo.

La sangre regurgitaba espasmódica. A ese ritmo se iba adurmiendo el herido. Cuando ya casi no manaba, con supremo esfuerzo levantó la cabeza, donde el incendio de ojos verdes era apenas rescoldo, y vieron por última vez, borrosamente, el espacio entre los dos gigantes contrafuertes de la sierra que desde entonces hasta hoy se llama la Quebrada del Tigre.

-1989-

(1) El episodio ocurrió al final de la tercera década del siglo pasado. La versión más completa y coherente de las varias que he escuchado fue la de doña Mercedes Castellano. Otra memoriosa que debo citar es a mi abuela doña Rosa Torres de Castellano, cuyo suegro, don Estanislao –mi bisabuelo- anduvo en el entrevero. Si alguien con inquietudes quiere comprobar la veracidad del relato que vaya a Yacanto y pregunte por el "Quirquincho" don Jorge, hijo de don Pedro López Arias, descendiente de Don Petronilo. Lo atenderá con la deferencia que lo caracteriza, y es posible que, ya ramoneado los ochenta años, lúcido y jocundo, lo encuentre haciendo dulce en la paila de cobre bajo el parral del patio de su casa.